

**Q' HUBO,
EL LÁNGUIDO ADIÓS DE**

El Caleño

Oscar Ortega García

Desde agosto del año 2005, una popular expresión de saludo se convirtió en la sentencia de muerte del periódico sensacionalista El Caleño. Cuando empezó a circular Q´hubo, la vida del insigne diario amarillista empezó a apagarse.

Lo paradójico es que quien propició el cierre de la tradicional oficina marcada con el número 3-20 de la calle 25 fue Rubén Darío Valencia, un periodista hecho a pulso en la redacción de El Caleño.

“Nuestra intención jamás fue esa. De hecho, siempre hemos creído que El Caleño y Q´hubo son dos periódicos completamente distintos: enfoques, escritura, composición, todo es diferente”, se defiende Valencia.

Lo cierto es que en las calles, en tan sólo una década, El Caleño empezó a diezmar su circulación mientras Q´hubo se convertía en punto de referencia en los programas radiales de la mañana y en las tiendas de los barrios.

“Dejé de comprar El Caleño porque Q´hubo es menos duro, más discreto. Además, ¡es a color!”, afirma Óscar Aragón, quien heredó de su abuelo paterno la costumbre de leer el diario mientras desayuna.

Con los lectores en franca huida, los anunciantes también empezaron a migrar. Ante el precario flujo de caja, la sala de redacción pasó de tener ocho reporteros y tres fotógrafos a dos “toderos”, que hacían “reportería integral”.

El concepto es del periodista Wilmar Ríos, quien tiene un argumento diferente a la presencia de Q´hubo para justificar la muerte por ahogamiento financiero de El Caleño: “A ese periódico no lo mató Q´hubo, sino la señora Blanca Torres”.

De acuerdo con Ríos, Torres no supo administrar el legado de Miguel Mejía, quien lideró como director El Caleño durante tres décadas. Ahogada en deudas, con una casi nula impresión y circulación, a finales del año 2014 se entregó el último diario del tabloide sensacionalista.

“Don Miguel era un hombre humanitario, que escuchaba le dolía lo que le pasaba a sus empleados. En cambio, doña Blanca era muy distinta”, cuenta Ríos, sin comprometer su visión crítica sobre el manejo administrativo de El Caleño.

“Ese periódico no supo capitalizar el afecto que alcanzó en los años ochenta y noventa, cuando era el principal referente a la hora de conocer las historias judiciales de Cali”, sentencia Gilberto Aguirre, un pensionado con la costumbre de leer periódicos en las mañanas.

“La muestra está en que El Caleño dejó de circular, cerró la oficina y nadie dijo nada. Ni siquiera la competencia se regodeó con ello”, agrega Aguirre.

Algunos periodistas que se quedaron cesantes pasaron al diario Extra, otros migraron a la radio y unos pocos pasaron a Q´hubo. La historia de El Caleño poco a poco empieza a enterrarse en el olvido.

Alguien deberá asumir la responsabilidad de contarle al mundo que en Cali existió un tabloide que capoteó la muerte ajena durante 38 años, pero que no soportó la competencia, disfrazada en un saludo de esquina, popular, tan caleño como el mismo periódico que ahora yace muerto.
